

# EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

*Dr. Bartolomé Gómez Plana*

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUIS DE LUNA,  
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTINEZ  
DE PINILLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUERRERO,  
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,  
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,  
Publicista.

D. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,  
Cónsul de Colombia.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,  
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,  
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

## SUMARIO

*Impresiones de un momento: Los Niños Ciegos*, Enrique Miranda Sánchez.—*Dudas profesionales*, Servando Camúñez.—*Al Dr. Camúñez y Echevarría*, N. N.—*El deber y la recompensa*, Doctor Saimbraum.—*Régimen antituberculoso aplicable a los niños (3.ª Infancia)*, Dr. Plana y Vives.—*Pedagogía de anormales*, Binet y Simón.—*El Alcoholismo*, Dr. Opisso.—*Aleluyas educativas*, B. de Ardilla.—*Notas*.

## SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes . . . . . 0'75 ptas.  
Fuera : Trimestre . . . . . 3

PAGO MENSUAL.

Año II.

Cádiz: Julio de 1922

N.º 16





Año II

Cádiz: Julio de 1922

Núm. 16

**Impresiones de un momento**

## LOS NIÑOS CIEGOS

Bajo el cielo nublado y tristón de la mañana lluviosa, han pasado los niños ciegos, el violín bajo el brazo del mayorcito, y las pupilas sin vida y sin luz, fijas en un punto invisible del espacio, como queriendo adivinar el sarcasmo del destino, que los hizo desiguales a los demás niños.

Del despertar de un pueblo laborioso y activo, no queda en mi calle el menor rastro; dijérase que habito alejado del mundo de los vivos.

Es tal la tranquilidad del barrio, que cuando la bocina de algún auto interrumpe atrevida su silencio, chicuelos y grandes se asoman a las ventanas con muestras de asombro y estupor.

Hoy, como ayer, han pasado los ciegucecitos, camino del pueblo, y hoy, como ayer, han entonado una canción en boga, con el monorritmo de sus voces cascadas:

«Esta noche aquí  
mi ventura está;  
verme prometió,  
me lo dijo así...»

El sol, rompiendo las barreras opacas de las nubes, se ha proyectado en la pared de enfrente.

Un rayo del álvino Febo, ha besado la jaula que mi vecina cuida con mimos infantiles.

En la calle se empieza a notar el bostezo con que sacude su pereza habitual la vida pública.

—¿Quién quiere leche?

Y la esquila de la burra, ha sonado a cansera en el día gris. En la calle, a lo lejos, se siguen distinguiendo las tanagras grotescas de los ciegos, que se alejan...

El violín bajo el brazo del mayor, que inclina su cabezota sobre el pecho hundido, discurrendo sobre el fallo del destino, que los hizo desiguales a los demás niños.

ENRIQUE MIRANDA SÁNCHEZ

Cortegana: Verano de 1922.

# Dudas profesionales

Para EL NIÑO

Sr. D. N. N.:

En los momentos presentes, cuando todo se modifica y evoluciona, cuando el becerro de oro tiene nuevos y soberbios altares y la verdad reduplica las envolturas de su velo, permítame, amigo mío, que consulte y conferencie con usted con lealtad y franqueza, para que nos sirva de motivo para continuar dignificando a la Clase Médica Española, y para elevarnos un poquito más sobre las indignidades del mercantilismo científico que hace tiempo penetró por la frontera de nuestro honradísimo hogar y que parece haber tomado en él carta de naturaleza.

Los que hemos estudiado en libros extranjeros olvidando a nuestras celebridades como Argumosa, Pedro Mata, etc., etc., bebimos aguas ultrapirenaicas saturadas de fisiologías y patologías que inundaron la Nación entera con sus métodos, sus creaciones y sus finalidades terapéuticas.

Se trataba de un afásico, por ejemplo: pues no había que dudar: en la tercera circunvolución cerebral del hemisferio encefálico izquierdo estaba la causa, porque allí residía, según los sabios extranjeros, la localización del lenguaje articulado.

Se presentaba un caso de patología intestinal más o menos típica: pues no hay lugar a dudas; los microbios buenos se ponían en contacto con los microbios malos y la fagocitosis resultaba un hecho curativo.

Se nos llamaba para establecer un régimen dietético, pues se desarrollaba una operación casi algebraica con las calorías y sumando, multiplicando y creando ecuaciones se dictaminaban regímenes apropiados y completos con una claridad meridiana y alimenticia.

De todas estas cosas y algunas más, nacieron espontáneamente por lógicas deducciones el *fósforo* y sus similares para reorganizar las lagunas cerebrales; el *bulgarol* y las *vacunas antíficas* para las enteritis microbiológicas y la ordenación por *calorías*, de todos los alimentos contra la depauperación orgánica y el mal régimen.

Hoy se han enriquecido los arsenales médicos con la *Opoterapia* y la *Endocrinia*.

La primera nos ha traído al mercado médico todas las piltrafas y despojos de los mataderos.

La segunda, jugos y excreciones de glándulas supra o infra diafragmáticas y cerebrales.

¡Qué riqueza de medicamentos y cuántas flores abortadas al nacer!

Aún no sabemos con seriedad científica los principios a que obedecen los fenómenos patológicos y ya los damos por resueltos y clarividentes, recetando o formulando con estos motivos riñones, bazos, hígados, timos, ovarios, etc., con la misma liberalidad que usaba el Hijo Pródigo para el disfrute de su herencia.

Pero en este camino nos acaban de levantar algunas amplias vallas los mismos sabios extranjeros.

La primera es la declaración en los periódicos médicos franceses de que «las localizaciones cerebrales son hechos completamente inciertos, pues desde Gall acá no se ha hecho más que fantasear sobre un tema cuya base es falsa y desacorde con los modernos descubrimientos científicos.»

De aquí que el autor de las anteriores frases, asegure después con letra bastardilla «que la tercera circunvolución del hemisferio izquierdo del cerebro, *no es ya el asiento del lenguaje articulado.*»

La segunda valla es más seria y la ha publicado en estos últimos días un periódico francés que decía así: «...todas esas fantasías de los microbios buenos y malos, todo eso de una flora intestinal conveniente que substituya terapéuticamente o la flora mala, patológica y nefasta, todo eso, por falta de demostración científica *está abandonado hoy.*»

La tercera valla está constituida por la negación absoluta de *las calorías* para valorar los alimentos.

*Calorías* que han sido durante mucho tiempo el lábaro que guiaba a los componedores de regímenes alimenticios y fabricantes de específicos energéticos.

Y aquí entra, amigo mío, las lamentaciones del grupo médico, que se ha guiado y aún se guía por las literaturas extranjeras y por los *hechos concluyentes* de los clínicos extranjeros publicados a bombo y platillo por todas las prensas del mundo.

¿Cuál es la verdad?

¿Qué hacer cuando se nos llama para asistir a un niño que padezca una afección intestinal?

La leche esterilizada ya no está de moda.

La fagocitosis es una mentira. Las calorías no sirven.

¿Qué hacer?

¿Volver de nuevo a la dieta de nuestros viejos clínicos españoles, el calor húmedo de las cataplasmas y al agua de arroz, etc., etc.?

¡Qué pena!

¡Nos iba también con la fagocitosis, con las calorías y con toda la serie de específicos farmacéuticos acabados en *ol!*

Se impone una cruzada de médicos serios y formales para defender al niño; se necesita que el enfermo no sea un negocio; precisa que el microscopio no venga a hinchar el globo de la fantasía ni que las experiencias hechas en gatos, perros, caballos y demás *animales* se proclaman como finalidades *concluyentes* de la fisiología y patología *humanas*.

¿Está capacitada la Clase Médica para todo esto? Pues a luchar. ¿No lo está? Pues dejemos que el río siga corriendo por su cenagoso cauce y que la Huma-

nidad purgue el grave delito de dar crédito y fé a los charlatanes y premios y riquezas a los que la engañan.

De V. siempre amigo que le estima de veras y e. s. m.

SERVANDO CAMÚÑEZ

Julio, 17 de 1922

## Al Dr. Camúñez y Echevarría

### CONTESTACION

El Dr. Camúñez, intelectualidad selecta en la que anidan como en su propia casa los más altos ideales, los más elevados pensamientos y cuyo espíritu siempre activo, siempre, siempre inquieto dotado de exquisita sensibilidad para cuanto significa belleza, rima y ritmo, problemas de cultura y de saber, no siendo de los que se entregan al primero que llega, ni acepta como indiscutible lo que no tiene suficientes garantías de razonamiento o de experiencia, pregunta justamente alarmado ante la invasión creciente de nuevas teorías que se llaman viejas pero que son de ayer, desmentidas en transcurros de pocos años, qué debe hacerse por los que no han renegado de las verdades tradicionales, y se indigna además del mercantilismo desvergonzado que con capa científica y algunos éxitos ha pasado de humilde peticionario, a tiránico dominador, del que a duras penas podemos defendernos, porque cuenta con el amparo y el apoyo de los mismos que debieran ser sus mayores enemigos.

La contestación que demanda, exigiría, no un artículo contestando al magistral que han saboreado nuestros lectores; sino una serie de ellos, un estudio detenido del problema que es más complejo de lo que a primera vista aparece, y una base sólida de que carezco; pero que no puedo dar largas ni callada a su noble demanda, porque invoca lo que no puede olvidarse en esta Revista; al Niño. Y ya que esto no pueda ser una disertación, permítame el querido amigo y compañero un breve rato de palique propio de antiguos camaradas, entre cuyos renglones irán gotas de experiencia, ya que los años no pasan en balde, y un tanto por ciento de modernismo sano, al que se le deba el tributo de el adelanto conseguido, y la esperanza de mayores éxitos.

De los tiempos en que estudiamos las primeras letras médicas a el presente, hay de por medio una revolución, un estado de cosas intermedias de vida deleznable, y un presente de ebullición de ideas, de procedimientos, de teorías, de extraños experimentos, de atrevidas afirmaciones tan prematuramente hechas, que al sufrir la inevitable revisión exigida por la formalidad científica, se han derrumbado con grande estrépito; uno de los profesores de esta Facultad que gozan de más justa fama y merecido crédito, hace pocas semanas, cambiando impresiones precisamente acerca de lo que constituye el tema de su artículo, calificó el estado presente de la mayor parte de las hipótesis y de las teorías modernas, de DESAS. TRE DE ANNUAL.

Y vaya de recuerdos; según una obra de patología médica modernísima entonces, los agentes causantes de la fiebre tifoidea, eran, el *Rizhopus Nigricans*, y el *Penicillium crustaceum*; no había nacido aún, el *Bacillus Ebertiano*; las fiebres se llamaban esenciales, y había un buen surtido de ellas; Fiebre inflamatoria, angioténica, prolongada, mucosa, lenta, nerviosa, gástrica, pútrida etc., hasta la Peste, el cólera morbo, eran fiebres esenciales; llegaron los microbios, y con tal furia hizo su aparición, que no era permitido estar enfermo sin su microbio correspondiente; el problema muchas veces, era el siguiente; dada una enfermedad, hallar su microbio; si no se le encontraba, se le suponía o se esperaba pacientemente hallarlo, contentándose mientras tanto con cualquier otro provisional; las primitivas pruebas exigidas para dar carácter de especificidad al agente causante, fueron cayendo en desuso.

En cuanto a la fiebre tifoidea; pasó de única a múltiple; todas las anteriormente citadas, ingresaron en el marco de las tifoideas; cierto, no siempre se comprobaba el agente específico; pero aparecieron las paratíficas con sus autores un tanto polimorfos; además, hubo y hay, sus asociaciones; las simbiosis, los polimorfismos, las virulencias, las razas, la adaptación al medio, el elemento nutritivo de una parte y de otra las apreciaciones de la parte correspondiente a las endotoxinas, las exotoxinas, toda una acción en cadena y unas gradaciones tan variadas como de efímera vida, vinieron a complicar el no ya sencillo cuadro nosológico, apuntando la confusión; a fuerza de buscar las primeras causas de todo, fueron encontrándose fenómenos dignos de la mayor atención; se comprobaron las influencias de las glándulas de secreción interna; EL TIMO, la hipofisis, el Tiroides, ovarios, suprarrenales & &; no era bastante; hay un agente que sale de lo más recóndito de diversos órganos, que se ocupa de ir a grandes distancias, y servir de acicate para que determinados órganos, cumplan con su deber: las hormonas.

La terapéutica, fiel reflejo de las teorías reinantes en todo tiempo, vistió el ropaje moderno; microbios contra microbios, antitoxinas, sueros de todas clases y una singular adaptación en la opoterapia a el programa homeopático del simillia similibus curantur; del que haciendo un simil humorístico, podría presentarse bajo la siguiente forma: ¿Padece Vd. del hígado?, pues tome hígado. ¿Es el corazón?, pues tome corazón. ¿Es del sistema nervioso?, pues tome cerebro o médula. ¿Es del riñón?, pues coma riñones; & &; en esta forma, el problema terapéutico es de una sencillez encantadora; como es consiguiente, el elemento técnico dió forma científica a estas teorías modernas que no dejan de tener sus antecedentes en la más remota antigüedad, bien en forma análoga del reino vegetal, bien en otros seres de la la escala zoológica.

La lucha contra el microbio como único agente morboso, hizo decir a Fonsagrives, que se había convertido al organismo en un soto de caza, en el que el cazador medicamento, perseguía a la caza parásita; y que se abusaba mucho de los ANTI y de los FUGO; se ha tenido más en cuenta el elemento exógeno, que el organismo propiamente dicho.

Tal vez parezca un poco irónico algún concepto; no hay en el fondo de ello más que la protesta contra el abuso, y contra esa tendencia a sacar conclusiones

definitivas sobre hechos y experimentos no controlados suficientemente por el tiempo y una demostración suficientemente aquilatada por la experiencia continua.

En los tiempos modernos se han conseguido extraordinarios progresos en todos los órdenes, y algunas de las conquistas terapéuticas, pasan los linderos de lo maravilloso; algo hay que disculpar a los optimistas; pero no debe volverse la espalda al pasado; en él están, los principios fundamentales que no han muerto ni morirán; en el terreno de las hipótesis la fantasía se adorna con vistosos y falsos colores, que son flor de un día; se confunde a menudo lo supuesto con lo real; no hay que confundir lo supuesto que es un andamio útil, con la realidad que es la respuesta a lo supuesto.

La observación y la experiencia, tienen un lugar insustituible; la Clínica a la que han tributado los frutos de sus grandes talentos inteligencias tan privilegiadas como Graves, Trousseau, Andral, Grisolles, Valleix, Nelaton, Jaccoud, Encinas, Robert, & c., no se tiene en cuenta todo lo debido ni siempre.

Ciertamente, la época de C. Bernard, de Pasteur, de Koch, Behring, con sus obligados antecesores y sucesores, han dado y dan días de gloria a la Ciencia y seguirán dando fruto mucho tiempo; pero aun contando con figuras tan eximias como Ferran, Cajal y algunos más de la presente etapa, conviene salir de esta especie de ataxia en que vivimos, de la que se aprovechan como siempre, los vividores y los que hacen de la ciencia mercancía, y de la ignorancia de los demás fuente de ilícitos ingresos, perjudicando de camino a la verdadera ciencia; no hay capacidad mental, ni memoria por privilegiada que sea, suficiente para aprender ni retener tantísimo experimento baladí, tanta clasificación extemporánea, tanta afirmación gratuita, tanto menudo detalle al que se le da importancia de primer orden; tantos nombres nuevos por el afán de singularizarse y ser autores de misérrimas criaturas muertas apenas nacidas; hay también el apasionamiento que pudiéramos llamar patriótico; el médico o la medicina de tal país, es opuesto al del cual otro; se hace medicina de fronteras, en contra de la Ciencia que no tiene patria; se olvida que la Religión y la Ciencia, son de la Humanidad sin excepciones; y eso también daña a la Medicina.

Hace falta, un talento de gran altura, casi un genio, que ponga orden en el semicaos presente; que afirme las bases tradicionales, que organice sólidamente las modernas conquistas en un orden correlativo y armónico, y que haga posible la marcha científica con sus naturales divisiones y enlace.

Las prematuras generalizaciones, el dar por cierto lo que no se conoce bastante, ha hecho mucho daño en medicina, y lo prudente es no renunciar a lo bueno conocido, ni aceptar todo lo nuevo sin la debida comprobación; otro escollo, es el desanimarse por que un recurso no da inmediatamente el efecto buscado; esa impaciencia ha hecho abandonar recursos utilísimos no bien conocidos y que se han salvado del olvido, gracias a providenciales ocasiones. Pregunta Vmd., si en esta confusión presente se sigue la tradición en lo que respecta a el tratamiento de los niños enfermos, o se siguen las ya discutidas orientaciones modernas; la reacción en ese sentido, no se ha hecho esperar.

El régimen dietético (siguiendo el caso concreto que Vmd. cita) moderno

tiende a el plan antiguo en algunos puntos; a el lujo de medicamentos en los desarreglos digestivos, se usan cada vez más los beneficios de la dieta; no una dieta exagerada que conduzca a la inanición tan difícil de combatir y vencer; sino la abstinencia prudente y limitada, con cortas cantidades de alimento, el agua de arroz, o de cebada perlada, el abrigo de la piel del vientre recomendando algunos especialistas eminentes, las antiguas cataplasmas hechas asépticas en lo posible, que si bien son más molestas, en cambio conservan más el calor, duran más tiempo sus efectos, y se prestan a aplicaciones de sustancias calmantes muy beneficiosas para los estados de insomnios e intranquilidad de los pequeñuelos; en otros padecimientos, se vuelve cada vez más la vista a la tradición, pero con el sello moderno que los nuevos e indiscutibles adelantos imponen.

Los errores que se cometen en perjuicio del niño, son mayores que la mayor parte de los otros, porque abarcan sus consecuencias, a la vida entera de él, y a su futura descendencia; y esto se relaciona forzosamente, con la mayor parte de los problemas humanos; por eso, lo que pueda parecer ajeno a los temas infantiles, es sin embargo de gran importancia para él.

En cuanto al mercantilismo profesional que nos invade, son variadas las causas que lo producen y lo mantienen; algunas de ellas son antiguas, hijas de abusos anteriores; otras, tienen su raíz en la ignorancia, en la comodidad de la fórmula, en la brevedad de su nombre, en lo BIEN QUE VISTE la procedencia extranjera, y también es de justicia reconocer, que en la excelencia y eficacia de algunos preparados, como también cierta ya legendaria desconfianza en las preparaciones a las que a la mayor parte de las veces es completamente ajeno el farmacéutico, siempre o casi siempre ausente de la farmacia; además, la competencia verdadera que se hacen algunos productos, mejora la calidad de éste; formular bien, exige conocer bien... y el comerciante profesional (no todos), lo da *todo* hecho, lo promete todo y ahorra trabajo al perezoso; el enfermo paga las dos cosas.

Basta de palique; bastante he abusado de su paciencia; los temas propuestos por Vd., debidamente desarrollados, exigirían una seire entera de artículos, documentarse mucho, lo que dada la abundancia de material no sería difícil, y atacar a fondo los males profesionales, que pagan y pagamos todos; inocentes y culpables.

¿Declararse vencidos? No; la lucha, es nuestra: la victoria, es de Dios.

Suyo siempre admirador

N. N.



# El deber y la recompensa

## Noción del deber

Hay una manera muy clara para dar a entender prácticamente a los niños lo que es el deber. Cuando con vuestra conducta justa, digna y uniforme, realizais una labor siempre semejante, cuando emprendéis cosas que os cuestan sacrificios más que alegrías, el niño ve que hay algo superior a lo cual rendís tributo, pues que, en muchos casos, vais derechamente contra vuestros caprichos y conveniencias. Entonces, prácticamente, el niño comprende que no es vuestra voluntad la que caprichosamente se impone, sino que hay algo superior que gobierna esa voluntad y os da las normas para que gobernéis la suya.

He aquí el gran fundamento de la obediencia. Si vuestra Voluntad se impusiese ¿por qué no la voluntad del niño, sup'antando a la vuestra? Pero si hay algo superior que se nos impone, si vosotros obedecéis a un Deber ¿qué más natural que obedecer el pequeñín vuestras órdenes, y por medio de ellas a aquel Deber que nos gobierna a todos?

Este raciocinio no se desarrolla claramente en la conciencia del niño. Pero lo ve en tanta intensidad, y a su modo tan vivamente, que por ésto se obtiene de él la obediencia cuando se sabe mandarle.

## Acuerdo entre su Voluntad y la mía

Puedo yo obligar al niño a una acción, a levantarse a una hora determinada, por ejemplo. He conseguido forzar su cuerpo. Su alma ha quedado invencible, dice Dupanloup (el Arzobispo).

Todo el procedimiento de la obediencia, si se quiere ir al alma y no al cuerpo, consiste en que mi hijo, al obedecer, quiera lo que yo le mando. «Con su voluntad, lo puedo todo; sin su voluntad, puedo poco; contra su voluntad, no puedo nada».

La mejor base para que la Voluntad de mi hijo esté de acuerdo con la mía, son el amor y el respeto, del cual hemos ya hablado. Lo es también aquel conocimiento general de un Deber que nos gobierna a todos. Pero hay otro procedimiento, que podrá añadirse a lo anterior, siempre que pueda emplearse brevemente, sugestivamente: la razón.

Hemos dicho antes que la razón no es la obediencia. Pero importa asociarla, a veces. No siempre, porque entonces moriría la obediencia a manos de la razón.

Mis niños están jugando. Entro en su cuarto y les digo:

—Hijos, parad. Mamá se ha dormido.

Han comprendido el motivo. Han parado felices de poder contribuir, siquiera con un acto negativo, al reposo de su madre enferma.

Una madre había dicho a su hija.

—Saltarás a la cuerda así que acabes de estudiar.

La niña, acabado su estudio, salta a la cuerda. La madre le dice con dulzura:

—Hija mía, te lo había prometido. Pero había olvidado que nuestra vecina de abajo tiene hoy un dolor de cabeza muy grande. ¿Quieres no saltar?

La niña tira la cuerda con la mejor gana del mundo.

Pero entendedlo bien. Las razones no pueden darse siempre. Ni aunque quisiéramos, es posible a veces. Bastaría, para comprenderlo, citar no pocos hechos de orden sexual. Dar razones, sería en ciertos casos aplicar un remedio peor que la enfermedad.

Y si no es posible dar siempre razones, menos lo es discutir. Eso nunca. Todo lo más una razón seca. Satisfacer, sí, siempre la curiosidad interrogadora del pequeño. Jamás, empero, discutir con él.

### Las recompensas de que no deben echarse mano

En general, hay que desterrar toda clase de recompensas. Pueden hacerse excepciones y ya hablaremos de ellas. Pero están mal preparados los padres para distinguir en esto. Es tan cómodo hacerse obedecer con la esperanza de una golosina, o de un premio cualquiera, que hay que dar una regla general contraria a toda recompensa por haber obedecido.

Ved a dónde llega la actual manera de educar en la obediencia a los pequeños, por medio de golosinas, bandas, ir a teatros, llevarles a la montaña, comprarle un vestido nuevo etc. Les lleva a la glotonería, al lujo inútil; y, lo que es peor a la glotonería y al lujo como móvil.

—Tú eres mejor que tu hermano —decía un padre a su hija, para humillar a su hermanito. Y en vez de fomentar la obediencia, fomentaba la vanidad en la una, la humillación en el otro.

Aun escogiendo un buen premio, débese andar con cuidado en lo de prodigar recompensas. Como la comida excita el apetito artificial, así la prodigalidad en recompensar excitará una avidez artificial de recompensas, tornando al niño exigente y descontentadizo.

### Las mejores recompensas

Son aquellas que no pueden producir ningún mal efecto en los pequeños, y que, además, no son en rigor, verdaderas recompensas, sino efectos de nuestra alegría por el bien obrar y la obediencia infantil.

Son de esta clase las recompensas que más ama un niño: la cara alegre del padre, una sonrisa de la madre, la satisfacción que espontáneamente se manifiesta, un apretón de manos, un beso tal vez, aunque no sea muy recomendable el besuqueo.

¡Ah, cuán poderosas son una sonrisa, salida del alma, una mirada expresiva! El niño mirado con una de estas miradas acariciadoras siente en su alma las delicias de un divino rocío, que le baña el corazón y le hace dichoso.

Estas recompensas que parecen tan leves y que son en realidad tan grandes, tienen la ventaja de que no son directamente recompensas. Son manifestaciones de mi alegría ante la obediencia de mi hijo, y por este lado ganan incomparablemente en moralidad.

A esto sólo es lícito añadir el elogio, caso de que la acción haya sido difícil y de gran mérito. Pero débese prodigarle poco, y aun con palabras breves:

- Bien, muy bien.
- Has sido un valiente.
- Así obran los hombres.
- Así te quiero, hijo mío.

## LOS CASTIGOS

Q uien bien te quiera te hará llorar

### Punto delicadísimo

Hubo un tiempo en que el castigo, lo mismo el corporal que el que afectaba a la dignidad de hombre, era el principal móvil de las acciones y de la obediencia. No se obraba mal o se obraba bien, a fin de evitar la reprimenda, representada por toda una escala de coacciones, desde la del látigo y la privación de la comida, hasta la del insulto y la colocación de una cabeza de burro.

Pero llegó un tiempo en que se tocaron las tristes consecuencias de tal proceder coactivo. Se herían con ello las más delicadas fibras del ser infantil, la dignidad, el amor propio. Un estrago mayor se unía a éste: el sedimentar en el niño—en el hombre de mañana—el siguiente principio: «Debo hacer ésto para que no me castiguen. Debo evitar aquello a fin de que no me peguen. Cuando falte esta coacción, podré faltar»

Y tomaron cuerpo entonces las teorías contrarias a todo castigo. Teorías que puedan realizarse en una Escuela modelo, donde un maestro escogido sugestionase a los niños; pero que es de muy dura realización en la generalidad de casos y en casi todas las familias.

Hablando en rigor y con entera sinceridad, parecen incontestables estas dos afirmaciones, precisamente contrarias a las que defienden no pocos, que sólo se fijan en la superficie de las cosas:

1.<sup>a</sup> Hablando idealmente y en abstracto, el regaño y el castigo no sólo son lícitos, sino convenientes, aun el castigo corporal.

2.<sup>a</sup> Hablando en concreto y habida cuenta de la ninguna o escasísima atención que ponen los padres en estos asuntos, el regaño no debe de propinarse nunca en el acto de cometer la falta, y los castigos corporales deben ser condenados en absoluto.

No deben extrañar a nadie estas conclusiones. Son muchos, muchísimos los actos que son buenos o malos considerados en sí, y que pasan a ser malos o buenos, respectivamente, cuando se estudian las circunstancias en que deben realizarse.

Cuando escribimos que *es lícito pegar al hijo cuando lo merezca*, sentamos una verdad inconcusa, pese a toda la filosofía lagrimerosa y melodramática de la educación latina. Pero aquel principio cierto, si deben interpretarlo los padres de hoy, vendrá a justificar las continuas palmadas, cachetes, encerronas y batacazos que constituyen el procedimiento educativo (?) de un sesenta por ciento de nuestras familias completamente ineptas.

Hoy se pega continuamente. ¿Por ventura hay un solo padre que crea pegar *sin motivo*?

Esto basta para que, al lado de esta verdad innegable: «es lícito pegar al hijo», sentemos estotra, innegable también: «no es lícito nunca pegar al hijo».

Querréjs decir en nuestras circunstancias, dirá alguno; con los padres que hoy se estilan. A lo cual responderé que está claro que los escritores de hoy escribimos para hoy, pues tendemos a la *eficacia* práctica y al pequeño avance más que a la *gloria personal* y a dejar al público boquabierto con disertaciones futuristas.

Pero vengamos a detallar algo sobre los castigos.

### Las increpaciones

Una madre, teniendo visita, riñe a su hija de ocho años.

—¡Eres una holgazana!

—Yo no soy una holgazana—contesta la mozueta—, y lo dice con sinceridad, pues si algún deseo tiene, es el de hacer algo siempre. Y mira a su madre con ojos airados y levanta después los hombros como diciendo: «mi madre está mintiendo; no me conoce; no me quiere... Y por añadidura delante de este señor...» Y, volviendo las espaldas, se retira de la visita.

Por aquella almita ha pasado, en aquellos pocos segundos, una ráfaga fría, que ha secado muchas cosas.

No hay que humillar a nuestros hijos, y menos delante de gente extraña. Corremos el peligro de que marchitemos su amor propio, su dignidad personal, Y esta cualidad es a la virtud lo que la salud a la inteligencia. La salud no es la inteligencia, pero sin salud no hay ejercicio posible a la inteligencia.

—¡Tú eres malo! ¡Serás siempre un sinvergüenza! ¡Eres incorregible! ¡Eres peor que un pillete de la calle! ¡No sirves para nada!

Esas increpaciones son inmorales. No hay derecho a humillar a nuestro hijo. No hay derecho a vaticinarle un fracaso futuro. Y corremos el peligro: que hay enfermos que los están por habérselo dicho muchas veces y no falta quien murió muy sano, creyéndose enfermo de gravedad.

Seguramente que muchos padres y maestros han acertado cuando continuamente han dicho a sus pequeños: «sois unos inútiles, unos asnos inaprovechables». Lo fueron, tal vez, después. Lo que no saben esos padres es que no fueron inútiles porque lo fueran al decirlo ellos, sino que lo fueron porque ellos se lo decían continuamente.

Cuenta Madame Campan un elocuente episodio, acaecido en un pueblecillo cerca de París: Una niña de diez años cayó en la tentación de robar un reloj a una amiguita. Sus padres la condenaron a ir a una procesión, con un letrado que decía: «ladrona de un reloj de oro». La niña recorrió todo el trayecto de la procesión sin verter una lágrima, sin proferir una palabra. Al salir de la iglesia, se echó de cabeza al canal de la población, del cual fué extraída sin vida. Le habían robado el honor. La lógica infantil sacó derechamente de este hecho el trágico corolario.

### Otros castigos usuales

Es imposible ir enumerando todos los castigos inoportunos con que se quiere corregir a los hijos.

—¡A la cama sin cenar!—Bella manera de hacer reflexionar al hijo. No es irritando los nervios por medio del hambre y de la agitación del insomnio, como lograréis que vuestro hijo haga propósitos de enmienda.

—¡Te quedarás sin recreo!—Es una verdadera crueldad disminuir las ya escasas horas de recreo de nuestros hijos, sometiéndolos a la insoportable inmovilidad, que es nuestro lema educativo. Castigais al pequeño porque ha estado distraído durante el estudio. Y le condenais a estar quieto o que estudie más. Con lo cual lograis que esté aún más distraído. El recreo hubiera descargado sus nervios, le hubiera puesto en estado de reflexionar y de estar atento después. Vosotros lo disponéis de otro modo. La caldera va a reventar. Vosotros vais a remediarlo sin discusión: apretando con mayor fuerza la válvula de escape...

—¡Que te llevo a la cárcel!—Este procedimiento, repetido largamente, hará de vuestro hijo un apocado o un «tranquilo». Si es débil, lo será más, lo criaréis miedoso y cobarde; si es animoso, se reirá tranquilamente de amenazas nunca cumplidas, o, de cumplirlas y encerrarse en cuarto, se echará por la ventana, como con aquella niña de que nos habla la escritora hace poco nombrada. Quien ésto escribe conoce a quien, para librarse de una encerrona, descendió de un tercer piso por la cuerda de un pararrayos, con evidente peligro de dejar allí la vida.

### El castigo corporal

Hemos dicho algo acerca de él. Añadiremos una sólo reflexión que puede hacer comprender con claridad la verdadera doctrina sobre la materia:

«Pegad siempre que os repugne pegar, siempre que sintáis, *mientras estáis pegando*, verdadero dolor de tener que pegar».

Siguiendo esta regla, lograréis dos cosas: Primero, pegar a conciencia; segundo... no pegar casi nunca, y podéis borrar el *casi*, si os parece.

Porque hay que decirlo muy alto: cuando un padre pega, pellizca o zurra, lo hace con verdadera saña, con placer, vengándose. No queráis protestar: es la verdad pura. Ya sé que *después* lo lamentáis y os arrepentís; pero *en el momento de zurrar*, lo hacíais con rabia, con placer.

Pues bien: ésto prueba con evidencia que no buscábais el bien de vuestro hijo, sino *vuestra venganza*. Esta es la palabra propia. No guiaba vuestra mano la razón, sino los bajos instintos.

He aquí porqué he podido escribir más arriba, al lado de «es lícito pegar», esotra verdad: «no es lícito pegar».

Creo que mi pesamiento habrá quedado completamente aclarado.

### Cómo debe castigarse

Ante todo, *raramente*. El padre debe prevenir, no castigar. Esa debe ser la regla general. Prevenir las faltas habituando a mi hijo a la obediencia y a la razón, auxiliándose mutuamente; acudiendo, también a animarle.

—Pon atención hijo mío; vas a distraerte y a ser malo.

—Domínate, hijita; sé valerosa. Todo cuesta en este mundo. Trabaja.

—Estoy muy contento. Estaba mirando como ibas a faltar y veo como has triunfado de tí mismo.—Y ésto puede decirse a un niño, «aunque no haya comenzado a triunfar de sí mismo». Mis palabras le hacen reaccionar y torna a sus buenas maneras.

En segundo lugar: *no castigar sin haber advertido antes* dulcemente dos o tres veces, sin haber advertido, también, con dolor. Los niños—¡y los hombres!—andamos distraídos a medias, no pocas veces. Vale la pena de que seamos avisados en tono amable. Vale la pena, igualmente, de ser avisados, después, no con irritación, pero sí con pena.

—¿Estás enfadado?—me dice mi hija después de no haber cumplido mis órdenes.

—No, le digo; yo no me enfado nunca; es que estoy triste viéndote así.

Y si estáis triste de veras, ¡ah, qué repulsivo más enérgico va a ser vuestra tristeza para el alma de la pequeña! Vuestra ira, en cambio, no logrará más que agravar el mal.

En tercer lugar, pues, *no airarse*, no irritarse. No hay razón para ello; os llevaría, además, a consecuencias que vosotros mismos deploráis luego.

Digo que no hay razón para ello. ¡Nos extraña que nuestro hijo falte! Pero ¿es usted, su padre, un angelito acaso? Falta usted a cada momento contra Dios y contra el prójimo y se irrita porque un rapaz falte una y otra vez. Esa es nuestra condición: la de caer. Educad, pues, a vuestro hijo para que, al caer, se levante animoso y dolorido, y para que sus caídas vayan amenguando en número y en gravedad. No pretendáis el absurdo de hacerle impecable y arrancarle el carácter de hombre. Esto os dirá que podéis entristeceros, pero no enfadaros.

Decía, además, que la irritación os llevaría a extremos deplorables. Tened por seguro que vuestra ira levantará una ira semejante en el alma de vuestro hijo; que os trabaréis de palabra; y que acabaréis sacudiéndole una paliza «con verdadero gusto»... es decir, oficiando de hombre bajo y sin sentimientos.

Otra condición salida del anterior comentario: *no castigarlo todo*, sino sólo las faltas en que aparezca la mala fé. Un hombre tan piadoso y sabio como el obispo Fenelón, a pesar de escribir hace más de dos siglos, aconseja en sus obras, «cerrar los ojos a muchos defectos de nuestros hijos, esperando a que el tiempo, fomentando las buenas cualidades, los vaya corrigiendo lentamente».

En quinto lugar: *nunca castigar por las consecuencias*, sino por la falta en sí. Un niño manosea mi tintero. Le digo que lo deje. Por fin no logrando ser obedecido de momento, no insisto. Es que yo pienso dentro de mí: «Debe acostumbrarse a manejar cosas peligrosas por algún aspecto». De pronto se le cae el tintero y me ensucia unos libros. Y le sacudo un bofetón.

Muy mal hecho. Si debe acostumbrarse a manejar el tintero ¿a qué pegarle por las consecuencias del aprendizaje? Si no debe acostumbrarse, ¿por qué le permitía manejarlo? He castigado no su desobediencia, sino una casualidad, un contratiempo. Mucho mejor hubiera sido decirle:

—Me gusta que manejes cosas difíciles. Pero me entristece ver como no pones toda la atención necesaria, una atención que tú tienes, cuando quieres. Ve ahora como me has puesto mis libros.

Sexta condición: *ser tolerante*, creyendo en las promesas de los niños. Sorprendo a mi hija comiéndose el azúcar.

—No volveré a hacerlo, papá—exclama. El miedo dicta esta promesa. Yo voy a ennoblecera.

—Está bien. Me duele verte cometiendo estas chiquillerías. Cuento, en adelante, con tu promesa. Has dicho que no vas a volver. Cuando una niña formal dice «no haré más ésto», no lo hace más.

He tocado el amor propio de la niña. Yo no aseguro que no cometerá más la misma falta. Yo afirmo, en cambio que la cometerá mucho menos, y que, a la postre, su dignidad triunfará de su glotonería.

### El momento de castigar

o, simplemente de reprender.—No es, no puede ser nunca, cuando se acaba de cometer la falta; y cuanto más grave sea ésta, menos se conseguirá en el momento de la comisión.

A propósito de ésto, esbribió el sabio Fenelón una página inmortal, que copian todos los que tratan de esta materia: «Para castigar hay que aprovechar el momento en el cual el alma del niño esté dispuesta a recibir la corrección. Jamás reñir ni al primer impulso del niño, ni al primer impulso vuestro. Vosotros obráis entonces movidos de mal humor y de la impetuosidad, no de la razón, ni del amor, y perdéis vuestra autoridad, sin esperanza de recobrarla. Tampoco el niño tiene entonces el conocimiento tranquilo para conocer su falta y menos aún para confesar su error. Habéis de demostrar al pequeño que sabéis dominaros, que tenéis una infinita paciencia. Ya vendrá la hora».

Es inútil que recuerde lo que he dicho en una página anterior. Tratándose de un noventa por ciento de padres, el corregir en el momento de la falta les llevará a castigar corporalmente a sus hijos, porque se trabarán de palabras y ambos obedecerán a la ira, no a la razón.

Vendrá el instante. Al período de exaltación del pequeño, sucederá un período de depresión, de arrepentimiento. Este momento debe llegar forzosamente. Es tan necesario como la reacción después de cualquiera acción en Física. Pues esa es la hora. Con el bien entendido de que entonces le hablaréis dulcemente, aun sin proponérselo; y de que, si, excepcionalmente, le pegáis, lo haréis con verdadero dolor y el niño le recibirá con verdadera resignación.

—Ahora deberé castigarte, hijo mío.

—Es justo, dirá él, merezco el castigo. Y reproducereis aquella tierna e inmortal escena que nos pintó Kipling en su obra capital, según la cual Mowgli, el hombre tipo, presentó sus espaldas a su maestro para que le pegase.

### El momento de ordenar

Esto no quiere decir que, en el instante de cometer el hijo una falta, no deba decirsele nada. Pero bien entendido: nada de reprensión y de castigo.

Mi hijo ha cometido una tropelía grave. Interiormente estoy irritado. Me venzo con entereza y digo:

—Muy mal, Deja eso.

Y se lo digo «con tono muy firme, pero muy dulce», que en ésto está la estrategia de hacerse obedecer.

El niño está tan corrido, que obedece al momento.

Eso basta. El instante de corregir vendrá después, quizá muy poco después, pero siempre *después*. Si no le habéis insultado, él mismo vendrá a vosotros, con cualquiera excusa, y os dirá:

—Papá ¿estás enfadado?—O bien:

—Papá ¿quieres explicarme tal cosa?—O bien:

—Papá ¿me das permiso para.. ?

Busca el modo de deciros que está arrepentido, y no sabe cómo demostrarlo. Pero lo demuestra.

Hablad ahora vosotros.

Veréis cuán razonables son vuestros hijos y cómo de sus caídas podéis sacar un bien inmenso.

DOCTOR SAIMBRAUM

---

## Régimen antituberculoso

### aplicable a los niños (3.<sup>a</sup> Infancia)

---

El primer tratamiento práctico de la tuberculosis pulmonar, continúa siendo hoy como ayer el llamado tratamiento higiénico en general, esto es, la cura de aire, de higiene propiamente dicha y de reposo, acompañado de una buena y bien dirigida alimentación.

El aire de las grandes ciudades es un aire viciado, impuro, nocivo en alto grado para el tuberculoso.

Las impurezas del aire son de dos maneras; bajo el punto de vista bacteriológico y bajo el punto de vista químico.

En las grandes urbes, pululan en el aire un número crecido de bacterias, y contadas éstas, según Renon, en París, que nos ha de servir como tipo, existen por metro cúbico 500 en la cúspide del Pantheon, 5,500 en la calle Rívoli, 40,000 junto al Hôtel-Dieu y 70,000 en el Hospital de la Pietie. Lo propio acontece en otras grandes ciudades.

Resulta también viciado el aire bajo el punto de vista químico, por las exhalaciones humanas tan numerosas en las grandes urbes, por el óxido de carbono que despiden los focos de combustión, por la calefacción y por la fuerza motriz, por los gases escapados de toda clase de motores, de bencina, gas de hulla, etc. En algunas calles no ventiladas, y que tanto abundan en Barcelona, se crean atmósferas densas y muy ricas en óxido de carbono; los animales son otra causa que contribuye a la impureza del aire.

Según los trabajos de Henriet, una serie de cuerpos nocivos, como el ácido fórmico, el formaldehído, el ácido sulfuroso, cuerpos todos solubles en el agua,

se encuentran mantenidos en el aire de las grandes ciudades, aumentando su nocividad gracias a la condensación del agua de la atmósfera; el mismo ozono, cuando se forma no guarda estabilidad desapareciendo inmediatamente.

Otra de las causas de la nocividad de las populosas urbes es en general la falta de sol. La altura de sus edificios, lo hacinado de sus moradas, las estrecheces de sus calles y el humo que se desprende de las diversas combustiones amortiguan la luz, privan el sol y reducen al minimum la cantidad de luz solar. Con razón ha dicho Paul Joillierat que bajo el punto de vista social *la tuberculosis es la enfermedad de la obscuridad.*

En una palabra, el aire confinado es nocivo para el tuberculoso, según el propio Henriot ofrece dos daños para el pulmón del fímico, la condensación del aire y la abundancia de gases tóxicos; es preciso pues, buscar para él, un clima donde el aire no sea ensuciado ni bacteriológica ni químicamente.

Desmostrada la nocividad que tienen para la tuberculosis pulmonar las atmósferas viciadas de las grandes ciudades, es fuerza que veamos cuál le ha de convenir, buscando la pureza del ambiente que debe respirar un pulmón enfermo. A tres pueden reducirse los climas donde se puede encontrar una atmósfera suficientemente pura, respirable, no nociva y beneficiosa para el pulmón del fímico.

El clima marítimo, el de altura y el de la llanura y forestal.

El clima marítimo es un clima dotado de cierta humedad gracias a su proximidad al mar. En él llueve a menudo y es castigado con frecuencia por los vientos oceánicos, la presión barométrica, en el mismo se encuentra en el maximum, conservando una gran estabilidad térmica debida a la proximidad del agua. Contiene su atmósfera en pequeñas cantidades, cloruro sódico, iodo y ozono, y abajo el punto de vista bacteriológico es de una gran pureza.

Dicho clima está contraindicado en la tuberculosis avanzada, a los tuberculosos caquéticos, en la bacilosis congestiva con fiebre continúa y hemoptisis frecuentes, y en los tuberculosos nerviosos e hiperexcitables, en la tisis aguda, en la de marcha rápida, en la tuberculosis que evoluciona por periodos cíclicos agudos, flemásicos con repeticiones muy frecuentes, a los de eretismo marcado de brotes congestivos y bronquitis repetidas de ciertos artríticos, principalmente impresionables, neuroartríticos y en la tisis laríngea en su período ulcerado.

Sin embargo, dicho clima es beneficioso para los tuberculosos muy jóvenes, principalmente a los niños y a la tuberculosis pulmonar complicada con manifestaciones locales, cutáneas, ganglionares, articulares, oseas y de lesiones genitales.

El clima de altura usado desde hace mucho tiempo en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar varía entre 700 a 1800 metros.

En él se halla disminuída en más o en menos considerablemente la presión atmosférica como también la temperatura. Es excesivamente seco y no existen ni polvo ni bacterias en su atmósfera. Debido a la reflexión de la luz sobre la nieve tiene una gran luminosidad y gran riqueza en luz de rayos violetas.

Está contraindicado en todos aquellos enfermos de marcado nervosismo, de eretismo excesivo con tendencia a las congestiones agudas y a las hemoptisis, a los cardiacos por pequeñas y primitivas que sean sus lesiones.

En general las formas tópidas de tuberculosis, se encuentran bien en los climas de altitud siempre y cuando no tengan un eretismo exagerado.

El clima de las llanuras, su riqueza forestal, modifica los caracteres físicos bacteriológicos y químicos de su atmósfera regional. De una manera general disminuye la intensidad de los grandes fríos y de los calores excesivos, el estado higrométrico del aire, según las esencias balsámicas que se desprenden y de que está compuesto: el pino por ejemplo disminuye dicho estado higrométrico y la humedad del suelo, los árboles la protegen contra el viento y posee una gran riqueza de ozono. Si abundan las coníferas se carga la atmósfera de vapores balsámicos, trementinados, antisépticos y tónicos. Lo que explica el papel beneficioso que ejerce sobre la tuberculosis pulmonar.

Todas las formas de la tuberculosis pulmonar cogen en este clima; está exento de los peligros que el clima marítimo por lo excitante de su atmósfera, como también no le alcanzan los que reviste el clima de altura para algunos tuberculosos.

Los de forma eréctil, los congestivos, los hemoptoicos deben elegir con preferencia este clima.

La climatoterapia ha hecho considerables progresos desde hace una docena de años. Es hoy día más científica que antes. No existe un clima verdaderamente específico para la tuberculosis pulmonar; los fímicos (con las excepciones antes dichas) se mejoran en todas partes, con tal que el enfermo sea sometido a cura llamada higiénica, haciendo, como dice Sardou, una verdadera posología del clima y de la cura.

¿Cuáles son las cualidades que debe reunir un clima para el tratamiento de la tuberculosis pulmonar?

- 1.º Una sequedad relativa.
- 2.º Permeabilidad suficiente del suelo.
- 3.º Abrigo de los vientos fuertes.
- 4.º Exposición en plena luz, que resulte lo más soleado posible.

Según las últimas investigaciones, parece ser que tienen una acción beneficiosa sobre el organismo los llamados gases nuevos, el argón, el neon, el cripton, el xenon y el helion, resultantes todos de la desagregación del radium.

Estos gases no se encuentran en el aire de las grandes poblaciones, sobre todo en cantidad normal. Los elementos del tratamiento de la llamada cura racional simple, por la cura de aire, higiene, reposo y alimentación son, según Sabourin, en número de tres:

- 1.º Vivir en un aire constantemente puro día y noche.
- 2.º Suprimir todo trabajo intelectual y corporal.
- 3.º Tomar una alimentación sana y abundante.

El único tónico eficaz es el reposo; el único reconstituyente necesario es la alimentación substanciosa, excitante indispensable es el aire puro y las radiaciones solares; en la tríada clásica *cura de reposo*, *cura de alimentación* y *cura de aire* tan amenuado invocada y tan a menudo no comprendida, se encuentra, pues, la base de todo tratamiento racional.

Esta vieja tríada, que es la única por ahora que ha sobrevivido al naufragio

de tanta medicación, la llamada triple cura Brehmer, debe ser modificada no solo en la supraalimentación, convirtiéndola en alimentación suplementaria razonada y variada, y cambiando el reposo sistemático por el reposo metódico debidamente dirigido.

El tratamiento higiénico antes dicho es un tratamiento negativo, pues no ejerce acción directa sobre el bacilo; tiene por objeto el aumento de las fuerzas defensivas del organismo. Es en la hora actual el mejor de los tratamientos, aunque se diga lo contrario, porque él es la base de todos los otros.

Ninguna de las medicaciones, ni aun las más científicas, puestas en juego para la curación de la tuberculosis pulmonar, pueden ejercerse sin fruto, si previamente el enfermo tratado no ha sido sometido antes al tratamiento higiénico de la cura de aire, reposo y alimentación.

El tratamiento higiénico puede hacerse en la llamada cura cerrada, esto es, sanatorial o bien en la conocida con el nombre de cura libre.

Una y otra son indistintamente buenas y reúnen ventajas e inconvenientes.

La cura cerrada, la del Sanatorio tan cacareada hasta nuestros días tiene sus indicaciones particulares. Ciertos enfermos deben ser rigurosamente tratados como niños indisciplinados y sometidos a las prescripciones de un Sanatorio. Desoyentes a todo consejo y rebeldes por temperamento a cuidarse debidamente, es preciso someterles a la reglamentación sanatorial y bajo una vigilancia constante.

También es útil la cura de sanatorio cuando menos por una corta temporada como medio de educación del tuberculoso. En él se le enseñan las prácticas higiénicas y el sin fin de cuidados que debe tener para alcanzar su curación y para evitar la propagación del mal, de la infección bacilar a sus semejantes, en una palabra se les enseña a cuidarse.

Los inconvenientes que tiene el sanatorio son en el orden moral, el aspecto hospitalario y nosocómico que entristece al aislado lejos de su familia; y la unión de los dos sexos; Schumburg manifiesta que es un peligro en los sanatorios para los enfermos que padecen de tuberculosis pura la admisión de otros que padecen infecciones mixtas, especialmente el estreptococo, pues sabido es que éstas tienen un curso mucho más grave que la tuberculosis pura; con tal motivo no debieran admitirse en aquellos sitios a estos enfermos, o por lo menos no reunirlos con los otros, colocándolos en pabellones especiales, sin que ni aun al aire libre pudieran alternar con los tuberculosos puros.

El propio Daremberg manifiesta que si la vida en un sanatorio es necesaria a los jóvenes amantes de placeres o de Sport, es inútil a los tuberculosos que poseen una familia inteligente que saben proporcionarle todos los cuidados constituyéndole lo que Laudouzy apellida muy bien con el calificativo de hombre sanatorio.

La cura libre bien dirigida no cabe duda alguna que es la cura de elección para el tuberculoso. Rodeado el enfermo de una asistencia inteligente, con la instrucción debida, se puede alcanzar con esta cura resultado verdaderamente maravilloso. Un enfermo dócil bajo la dirección e inspección inmediata de un facultativo instruido alcanzará más y mejores provechos con la cura libre que con la del Sanatorio o cerrada. El encontrarse el enfermo rodeado de un ambiente

moral perfecto, asistido con asiduos cuidados de familia y alejado de todo el ambiente hospitalario, nosocómico que entraña un sanatorio, es causa y no pequeña que el enfermo se encuentre beneficiosamente favorecido por ese ambiente moral.

Por desgracia en la práctica no sucede así. Los enfermos son mandados al campo muchas veces tarde y mal. Téngase en cuenta como dice muy bien Verdes Montenegros *que enviar a los enfermos al campo y decirles que se alimenten bien, no es practicar el tratamiento higiénico, sino hacer una parodia de él, cubrir las apariencias, como vulgarmente se dice; pues este tratamiento consiste en una reglamentación minuciosísima de la vida variable a cada instante, según las circunstancias que el enfermo se encuentre.*

Solo la dirección de un médico instruído en las prácticas de la cura higiénica y demás, es la que debe regir en la cura libre. En ella hay un sin fin de detalles, de pormenores, algunos al parecer sin importancia que son imprescindibles y que sumados alcanzan el resultado apetecido. Téngase en cuenta que en este caso como en todos los de la vida el conjunto de detalles, de nimiedades si se quiere constituyen la perfección y la perfección dista mucho de ser una nimiedad.

Entiéndase cura libre, pero no cura en libertad, que no es la misma cosa. La cura libre no significa, la curæ en libertad a los azares de la vida corriente, a las fantasías del enfermo, a las solicitudes imprudentes del prójimo y de las relaciones mundanales.

La vida del tuberculoso en la cura libre puede impirarse en el famoso decálogo tan conocido en la vida sanatorial que copiamos sin traducir para no mutilar la versificación:

Toujours air pur respireras  
Des le debut du traitement.  
A l'air libre t'exerceras  
Pour te guérir rapidement.  
Sans extrêmes soit le climat  
Est précepte très important.  
Pour le temps frais tu porteras  
Des habits chauds suffisamment.  
Avec Phébus te lèveras  
Te coucheras pareillement.  
Travail quelconque ne feras  
Qn'en dehors de l'appartement.  
Jamais de part ne prendras  
Q'aux jeux le thorax dilatant.  
D'être propre il t'importera  
En toute chose absolument.  
Des precautions tu prendras  
Contre le refroidissement.  
Venus tu ne frequenteras  
Mais mangeras abondamment.

DR. PLANA Y VIVES.

# PEDAGOGIA DE ANORMALES

## (De niños anormales)

### **Definición del niño idiota**

Es idiota todo niño que no llega a comunicar por la palabra con sus semejantes, es decir, que no puede expresar verbalmente su pensamiento ni comprender el pensamiento verbalmente expresado por otros, siendo así que ni trastorno auditivo ni trastorno de los órganos fonéticos justifican ésta pseudo-afasia, debida por completo a deficiencia intelectual. Si se atiende que el niño normal de dos años sabe comprender la palabra de otros y hacerse comprender por otros para sus necesidades más perentorias, veráse que la distinción entre idiota y normal es fácil.

### **Definición del niño imbécil**

Es imbécil todo niño que no llega a comunicar por escrito con sus semejantes, es decir, que no puede expresar su pensamiento por medio de la escritura, ni leer escrito o impreso, o más exactamente, comprender lo que lee, siendo así que ningún trastorno de la visión o ninguna parálisis del brazo no justifican la no adquisición de tal forma de lenguaje, falta de adquisición debida o deficiencia intelectual. No se tendrá a un niño por imbécil hasta después de haberle concedido mucho más tiempo que el normal para aprender a leer y a escribir. Este tiempo normal, en las escuelas, es de 6 meses. El niño que al cabo de dos años de escuela no conoce todavía las letras, ofrece probalidades de permanecer imbécil.

No ha de confundirse con escritura espontánea ni con el dictado, la escritura que consiste en copiar modelo; esta última es sólo una forma del dibujo, y el dibujo es facultad que puede desarrollarse en individuos cuya falta de inteligencia les impide escribir al dictado. No ha de confundirse tampoco la lectura que consiste en transformar signos gráficos en elementos sonoros desprovistos de significación para el espíritu, con lectura provechosa. Será fácil distinguir una de otra dando al niño por escrito algunas órdenes usuales que habrá de ejecutar, tales como «cierre la puerta, dé tres golpes sobre la mesa».

### **Definición del niño débil**

Es débil todo niño que sabe comunicar con sus semejantes de palabra y por escrito, pero que presenta retraso de dos o tres años (según las diferencias más arriba indicadas) en el curso de sus estudios, sin que tal retraso se deba a insuficiencia de escolaridad.

Estas son distinciones pedagógicas. Creemos, por lo tanto, que el inspector primario puede muy bien hacerlas; si se viera en duda, tiene a su lado al médico, que podrá aconsejarle.

Desde luego, el idiota debe ir al hospicio. Con seguridad, el débil corresponde a la escuela. Queda el imbécil, respecto del cual hay duda. Toda vez que el imbécil no puede aprender a leer ni a escribir, su puesto está sólo en taller. Habrá de investigarse hasta qué límite le aprovecharía enseñanza especial.

#### **Anormales verdaderos y falsos anormales**

Formularemos regla que no hallará contradictor alguno, a saber: *es preciso no admitir más que anormales en escuelas de anormales.*

Sin embargo, al aplicar en detalle dicha regla, se encuentran muchos casos confusos. Hay niños normales que andan muy rezagados en sus estudios; no pueden seguir con provecho la clase de su edad. Tales niños son numerosos e interesantísimos, socialmente hablando; como son inteligentes, en efecto, hay la certidumbre de que con alguna ayuda se les haría recuperar el tiempo perdido. Se les ha llamado *atrasados pedagógicos*; tales términos préstanse a confusión desde que los débiles leves tienen denominación análoga, la de anormales pedagógicos. Sería mejor llamar a los primeros retrasados o simplemente *ignorantes*. En Bélgica, en la primera escuela fundada para anormales, se admitieron muchos de éstos ignorantes. Tanto, que constituían mayoría; y compréndese con qué facilidad los admiten los maestros: éstos son los que proporcionan mayores éxitos, ya que poseen inteligencia normal, y los que, con preferencia, se exhiben fraudulentamente como anormales auténticos mejorados por la pedagogía. En Francia se convino en que los ignorantes no fuesen admitidos en clases de anormales; el principio es bueno; no debe embrollarse las cuestiones, abordándolas todas a la vez; seríámoslas; ocupémonos primero de anormales y después de ignorantes. Sin embargo, aunque se concuerde en principio, se hallará embarazo en la práctica. Ante todo, hay casos dudosos, niños de quien no puede decirse, aun después de examen prolongado, si son anormales o ignorantes. Demoor, en el recuento que publicó de los alumnos asistentes a la primera escuela de anormales de Bruselas, señala número considerable de tales casos dudosos. (1) ¿Qué hacer de ellos? Es prudente admitirlos en clases de anormales, pero inscribiendo en su legajo grueso interrogante, para prevenirse contra el dolo futuro. Además, no es siempre fácil determinar la falta de escolaridad, cuando esta es causa de ignorancia; el niño puede haber asistido a varias escuelas, y acaso, en alguna de ellas, la enseñanza era deficiente; no imaginamos el flaco servicio que un mal maestro puede ocasionar en su clase; hay escuelas en que se produce una especie de rastro de alumnos mediocres. Es necesario remontarse a las causas de falta de escolaridad. Estas causas son a veces francamente ajenas a la constitución del niño: viajes frecuentes, traslados continuos, despego de los padres, padre enfermo a quien cuidar, etc. En este caso, la interpretación no ofrece ninguna dificultad. Otras veces, en cambio, el caso es más arduo. El del niño enclenque, que ha sufrido mucho; sin ser atrasado de inteligencia, en el sentido de la palabra, es débil de cuerpo, anémico, y, por consiguiente, incapaz de poderosa atención. ¿No sería conveniente, en este caso, admitirlo en clase de anormales, por lo menos como medida temporal y hasta que su organismo se tonificara algo?

(1) Demoor et Daniel, Les Enfants anormaux a Bruxelles, *Année psychologique* VII, p. 296.

¿No han de abrirse tampoco las puertas al advenedizo? Y una vez encaminados por esta vía de tolerancia, ¿no se debería igualmente admitir algunos de aquellos anormales que, atacados del mal de Little o de Pott, hállanse tan poco a su placer en el medio brutal de sus compañeros más robustos? ¿Qué hacer, finalmente, de los niños cuya miopía ignorada retrasara en sus estudios? Ya se vé que la cuestión deja de ser sencilla y fácil cuando se la considera de cerca. Bien puede eliminarse con rigor de la clase de anormales al simple ignorante; pero hay una serie de casos complejos, intermedios entre ignorante y anormal. El Inspector primario, digámoslo anticipadamente, consultará con provecho a su colega médico referente a tales individuos situados en la frontera. Ninguna solución de principio puede mediar aquí; ha de dejarse dirigir por las circunstancias. *Importa señalar cuidadosamente en el legajo del niño los motivos algo especiales, que ocasionaron su admisión, para evitar engaños ulteriores, que consistirán en presentar al niño como anormal verdadero y mejorado en clase de perfeccionamiento.*

BINET Y SIMÓN

---

## El alcoholismo

---

(Continuación)

**El alcoholismo en los diversos países.**—El país en que se bebe más alcohol es, actualmente, Francia. Sin embargo, esto es *moderno*; en 1830, Francia absorbía tres veces menos alcohol que Bélgica (3'9 litros), cuatro veces menos que Holanda (5 litros), e infinitamente menos que los escandinavos, cuyo consumo desafiaba la imaginación. Pero desde 1830 acá el consumo ha más que triplicado. También ha aumentado desde aquella fecha en Bélgica, cuyos habitantes hacen un consumo enorme de *ginebra*, mientras que en Francia las bebidas predilectas son el aguardiente y el ajeno.

También ha hecho rápidos progresos en Austria-Hungría el consumo de los espirituosos.

En Inglaterra se ha llegado á tal adelanto que apenas se consume en *whisky* una tercera parte de lo que los franceses consumen en *cognac*. El consumo del whisky va en rápido decrecimiento desde el año 1870.

Igual ocurre en los Países Bajos. Si en 1830 los holandeses bebían cuatro veces más que los franceses y hacían un consumo enorme de *ginebra*, esto va bajando desde 1870.

El país en que más ha disminuido el consumo de alcohólicos, es Escandinavia. Hace 50 años que en Suecia correspondía 1 alambique de destilación de alcohol por cada 17 habitantes. A pesar de las *Sociedades de templanza* organizadas ya en 1819, el mal iba agravándose hasta que Pedro Wieselgren, decano de Goteborg, o Gotemburgo, imaginó una arma potentísima que el rey Oscar I patrocinó con entusiasmo hasta lograr que el Parlamento la convirtiera en ley (enero de 1855). El *sistema de Goteborg* consiste en la formación de sociedades

que monopolizan todos los puntos de venta del alcohol, reduciendo cada vez más su número y limitando de cada vez más las horas de despacho. Este sistema, adoptado por más de sesenta poblaciones, ha producido resultados admirables en Noruega, que, siendo no ha mucho uno de los países más alcohólicos del mundo, es hoy uno de los que consumen menos aguardiente; asimismo produjo excelentes resultados en Suecia y Finlandia; en cambio, Dinamarca, que no lo ha adoptado, es hoy, con Francia, el país de Europa en que se consume más alcohol.

En los Estados Unidos existen gran número de *Sociedades de templanza*, a las que prestan caluroso auxilio las mujeres, las cuales, en época de elecciones, trabajan para llevar a las corporaciones oficiales a los adeptos de dichas sociedades, al objeto de que nieguen toda concesión a la apertura de nuevas tabernas, y aún podría decirse que este es el objetivo primordial del movimiento en favor de la concesión de derecho electoral a las mujeres, las cuales, una vez en los ayuntamientos, asambleas y parlamentos, podrían legislar en el sentido más prohibitivo respecto a la fabricación, venta y consumo de alcoholes.

En Italia el alcoholismo, desconocido no hace aun muchos años, causa tales estragos que en el último reemplazo han debido ser declarados inútiles el 15 por 100 de los reclutas por alcoholismo adquirido o hereditario.

En España el alcoholismo se traduce, ora por mortalidad, ora por los terribles efectos que produce en la criminalidad, gran parte de la cual es atribuible a la influencia del alcohol amílico.

Es natural que ante la enérgica campaña emprendida contra el consumo del alcohol, incluso el vino, como pretenden los más radicales, los viticultores se sientan alarmados. A esto responden los paladines del antialcoholismo que los viticultores podrían arrancar las cepas y dedicar el terreno a otros cultivos, o bien podrían utilizar las uvas con otro objeto que el de retirar alcohol de las mismas, puesto que, como ya hemos dicho arriba, se fabrica alcohol de trapos, de serrín y aun de heces fecales; y las uvas podrían utilizarse para pasas o bien para postres, pues con aparatos frigoríficos se logra conservar inmensas cantidades de uva. Además, se puede elaborar vino sin alcohol, como hacen en Suiza, o bien confeccionar exquisitos dulces; así, en algunas comarcas de Oriente se hace desecar el mosto, se le mezcla con miel, harina, nueces o queso, y se elaboran con estos ingredientes unos sabrosos bollos o pasteles.

DR. OPISSO.

(Concluirá).

---

## Aleluyas educativas

Nunca espetes: Encuentro a usted delgado;  
Ni enfermo y viejo, ¿Está usted delicado?

\* \* \*

Al superior a secas no le nombres,  
No se trata cual niños a los hombres.

\* \* \*

Sé discreto en las chanzas y prudente;  
No peques, por chistoso, de insolente.

\* \* \*

Volver insulto a insulto es de hombre necio;  
El grosero merece menosprecio.

\* \* \*

No rechines los dientes, ni repleto  
Eructes a manera de paleto.

\* \* \*

Gargajear, acción es indiscreta  
Y el sonarse imitando la trompeta.

\* \* \*

Evita el escupir, y vé con tiento  
En manchar el tapiz o el pavimento

B. DE ARDILLA.

---

## V A R I A

En la fábula con que nuestro ilustre colaborador Sr. Luna Ferrer favoreció una vez más esta Revista en el pasado número titulada *Júpiter y la trucha*, se omitió el siguiente (renglón veinticinco.)

«Y compasivo hacia los peces dijo:»

Con el *suple inquit* de los latinos, habrán cubierto nuestros lectores la involuntaria omisión cometida: y aprovechamos la ocasión para decir, que la linda fábula ha sido reinserta en varios periódicos y revistas españolas.

La Liga contra la mortalidad infantil de Barcelona, ha emprendido una campaña eficaz, interesando la defensa del *Niño*, buscando apoyo en las esferas gubernativas, desde donde puede hacerse tanto bien.

La conferencia dada en Granada por el Dr. Duarte acerca de los «Derechos del niño abandonado» ha sido un notable estudio digno de su autor y de la divulgación de sus lógicas conclusiones.